

# Estrella fugaz



En tres años fulgurantes, entre 1991 y 1994, año en que murió a causa del sida, **Omar Schiliro** se convirtió en uno de los artistas emblemáticos de los 90, con una obra hecha de objetos decorativos, celebratorios de lo sencillo, lo popular y lo doméstico, al borde del anti arte. Pero nunca había sido objeto de una retrospectiva de su obra. Ahora, en la sala de exhibiciones temporarias de la Colección Fortabat, se inauguró la muestra *Ahora voy a brillar*, con un enorme esfuerzo de restauración y rescate de piezas de plástico y vidrio, llevada a cabo por Cristina Schiavi y Paola Vega, con la ineludible participación de Jorge Gumier Maier, quien había acompañado el nacimiento y desarrollo meteórico de Schiliro. Aquí se publica una entrevista que quedó guardada en unos viejos casetes por más de veinte años que le realizó María Moreno en los primeros noventa, y una mirada sobre esta retrospectiva llena de luz, color y movimiento.

POR MARÍA MORENO

¿Qué veo? Cálices blasfemos, es decir sin apertura para la suspensión de la ostia o el vino que simboliza la sangre de Cristo, custodias sin el oro de las fastuosidades católicas, caireles conventilleros para las arañas de comedor que simulan el lujo de acuerdo a su número ostentoso. Son ofrendas para nadie, vueltas sobre sí mismas y la enumeración caótica queda demasiado gris para describir el efecto de la muestra *Ahora voy a brillar*, de Omar Schiliro, en la Colección Fortabat. Cuando el artista (1962-1994) me contó su *vida en arte*, meteórica y radical, luego de su diagnóstico de sida, él descontaba que su obra iba a llegar lejos pero no tanto y cuando; ahora.

—Te voy a contar haciendo grandes pasos de muchos años atrás. Yo siempre fui una persona de naturaleza optimista. O sea que viví mi vida siempre lo más feliz que pude

salvo los rollos que tiene cualquier persona. ¿Conflictos con la familia? Uno los supera. Bah, no sé si los supera pero los trata de llevar. Lo que te quiero decir es que *no era un infierno*. Yo soy de Lugano y sólo venía al centro cuando iba al cine o a bailar. No estaba en ninguna onda rara. Hasta que empecé a tener relaciones homo. Yo sabía del sida antes de tener la primera hace ocho o nueve años. Me enteré en una revista chota: *Destape*. Entonces empecé a tomar precauciones. Pero siempre estuve pendiente del sida. Y cuando uno más miedo siente, tiende a provocar lo que teme porque el miedo te hacer perder estabilidad, te mueve el piso. Yo entonces hacía bijouterie. Pero la última vez que salí a vender ni podía con la valija. Yo creo que ya estaba enfermo. Entonces mi viejo me dio una piña.

¿...?

—Mi viejo siempre me había dicho que la política de la vida era divertirse. El siempre

andaba en la joda, con gente de la farándula, Mercedes Sosa o Jorge Cafrune. Era muy salidor, muy donjuanesco. Una vez mi vieja me dijo "Mirá a papá", y él estaba ahí en la televisión porque tocaba Pichuco. A veces pienso que a mi viejo le hubiera gustado ser como yo. Por eso no sé si tenía historia con el tema gay, pero sí con que yo le ocultara totalmente mi vida. Un día me dio una piña que me dio vuelta la cabeza.

¿En qué sentido?

—En todos. Hasta entonces yo era un tipo que tenía todo muy guardado, pero que pensaba en muchas cosas creativas que después no hacía. ¡Qué iba a competir! Cuando me dediqué a la bijouterie, gané bastante plata. Porque mis piezas eran me parece, diferentes. Por ejemplo, esa boludez de la moda safari. Bueno, todas eran piezas de madera, pero las mías *tenían algo más* y se vendían bien.

¿Y qué hiciste con la plata?

—Ah, ahí está la cosa porque para la crea-

ción era bueno pero para la administración no... Invertía mucho: miles y miles de bolitas, de fierros, de argollas, que todavía andan por toda la casa. Después muchas veces no tenía ganas de trabajar, me la pasaba tirado en la cama. Y la plástica era algo que siempre soñé: pero nunca podía cumplir ese sueño: no tenía con qué.

ELOGIO DE LA PIÑA

La voz de Omar suena nítida, desenvuelta con el fondo freak del graznido de un mirlo metálico llamado François de Mirliton que yo tenía entonces, a principio de los noventa, en mi escritorio. Es un misterio y no es un misterio como el precario TDK se ha conservado inteligible durante más de veinte años. O tal vez Jorge Gumier Maier, el amante-amigo de Schiliro a quien se lo regalé, nunca lo haya escuchado, preservándolo involuntariamente para la ocasión de que Omar volviera a brillar. Lo había entrevista-



do para una nota en *Página 30* sobre la vida con el virus, pero la charla poco a poco se fue volviendo venidera, como si hubiera sucedido hoy. —No siempre pensé que lo tenía pero eso andaba siempre flotando. Jorge me decía “es un raye, lo que vos tenés es un raye”. Y la piña de mi viejo me despertó. Fue porque no quería trabajar. Pero en realidad no podía. Entonces me dio esa piña que me dio vuelta la cabeza. Yo antes era alguien o para quien no tenía sentido nada, no tenía voluntad y vivía como al pedo, pero desde hacía años. Tenía proyectos en la cabeza pero *los ponía* y no lo lograba. Pero en ese momento me decía “¿Para que si me voy a morir? porque seguro que lo tengo”. Vivía en la duda. Porque también iba a la dermatóloga por un problema con la piel y ella me mandaba al doctor Cahn y entonces yo pensaba “para qué voy a ir sino tengo sida”. Cuando me enteré que lo tenía fue como... ¿viste cuando agarrás una cuchara y sacás todo lo podrido de una fruta? Bueno, a mí a partir del resultado me agarró una cosa como de sacar todo lo podrido pero principalmente la duda. Miedo no tengo. Yo creo que al miedo uno tiene que ponerlo en un lugar para sacarle energía. Porque si no termina *dándole vida al miedo*. En cambio, cuando decidís sacarle energía al miedo, le sacás el miedo a todo. Por eso también le he perdido miedo a la muerte. Yo creo que nunca hubiera llegado a hacer arte si no me enfermaba. No es que yo cambié de persona, cambié de dimensión. Antes de hacerme el análisis Jorge me decía “Si no lo tenés, mejor; si lo tenés hay trata-

mientos”. *Saber* paró la angustia. No digo que sea un don, una joda. Pero es otra historia. Antes de saber el resultado yo no hacía nada con el arte. Le decía a Jorge: “me gustaría hacer esto”. Ahí ya estaban algunos chispazos de la puerta que tenía que pasar. Entonces hubo un antes y un después de la piña. Porque automáticamente me *reprogramé*.

En la cabaña del Tigre que un tiempo me alquiló Gumier Maier, ante mi queja por la vajilla esquilada, me señalaba los tesoros de las paredes: los cuadritos de Benito Larén, un Avello ubicado donde los católicos suelen poner un crucifijo pero con mayor devoción, una piña amarilla apoyada en una vitrina roja, de hojas verdísimas cuya oscura función podría ser la de guardar hielos pero también sangría helada. Me la mostraba con el entusiasmo contagioso de un marchand. Ahora lo comprendo: era *el monumento a la piña* que le dio vuelta la cabeza a Omar y lo llevó a hacerse el análisis.

—Antes de la piña me di cuenta que lo que buscaba era el arte porque cuando empecé con la onda industrial se me pinchó todo. Yo la había roto con unos lapicitos. Eran una imitación de un lápiz común pero rocó. Bien adornaditos. Pero como eran también artesanales no podía bancarme la cantidad que me pedían. Entonces empecé a poner cien por ciento todo en la creación. Y ahí pensé en el arte: “en vez de hacer miles de piezas hago una”. Lo primero que te hace perder la enfermedad es esa cosa con la fama, la fortuna y el éxito. Uno piensa en algo más palpable. Querés algo que te de menos asco.

#### ¿Asco?

—Sí, como una vidriera de Harrod's con todo bronce y oro que antes me hubiera gustado hacer. Ahora prefiero la calidez, el color. Y a mí el color me lo sacó Jorge porque yo estudié pintura con él. Antes te combinaba beige con marrón. El color te saca de la cosa gris y, si tenés una vida gris, el color te prende más.

#### LA PALANGANA Y LA PERLA

Mucho artistas enfermos han expuesto los estadios de su enfermedad a la manera de un testimonio casi siempre adscripto al realismo, centrado en la política de la visibilidad (por eso, desde cierta voluntad terrorista para los observadores sanos). En la intención de simular decirlo todos o mostrarlo todo de la enfermedad, el artista parece identificarse con la enfermedad misma. Schiliro nada que ver. Como las fotos de Alejandro Kuropatwa, que fotografiaba sus medicaciones para el sida como si fueran el diamante Krupp de Elizabeth Taylor, las obras de Omar Schiliro no documentan nada. Tampoco subliman la enfermedad: *la dejan afuera*, son invenciones donde la enfermedad no sólo *no puede* sino que *no está*, pertenecen a otra economía pero tampoco son evasivas, construyen una realidad emancipada que el artista imaginaba como *otra dimensión*.

—Jorge dice que yo soy una bruja. Porque me pasan cosas que yo provocho. Ahora lo que me pasa es que tengo más conciencia y sé que lo provocho porque cuando hice mi primer objeto *yo me trasladé*, es decir que yo lo

vi en otro lugar. Ojo, no te digo la locura de que yo me traslado a otro lugar *materialmente* pero sí que logro estar en otro espacio y sacar de ahí un ramo de flores y traerlo.

#### ¿Cómo en una visualización?

—Sí. Cuando Jorge me invitó a hacer algo para la muestra *Bienvenida primavera*, dije ¿qué necesito? Unas flores. Entonces me transporté y de todas las flores de plástico, traje las que necesitaba. Consciente, no en un sueño. **En todo caso en un sueño dirigido... ¿o es algo que imaginás?**

—No lo imagino porque *lo llego a ver*. Es como que lo traigo mágicamente. Y eso es lo que da vida a lo que uno hace: pienso que cada cosa tiene alma porque existe en ese otro lugar. También pienso que en ese lugar hay gente que se mueve a años luz. Que anda por la habitación pero que no la veo porque tienen otra velocidad. Por ahí todos tienen la misma textura física que nosotros pero en otro tiempo entonces no chocan con nuestra materia. Vos vas caminando y te cruzás con ellos que te pueden chocar pero no los sentís pero tenés un presentimiento de que algo pasó. El yoga es lo más cerca donde siempre pensé estas cosas. **¿Cuál sería ese lugar?**

—No lo sé. Antes lo que me pasaba y que ahora no me pasa es que yo había dejado de soñar. Y el síntoma de dejar de soñar es de que uno tiene la cabeza medio parada. Porque hay que soñar aunque sea un sueño malo pero soñar porque los sueños te comunican con otra dimensión. Pero en aquel momento no lo podía hacer. Ahora tengo un

&gt;&gt;&gt;